

Tema

La mentalidad hegemónica de la escalada deportiva amenaza nuestro patrimonio de vías clásicas. Esto conlleva, entre otros peligros, la marginación o desaparición de valores de la escalada tradicional.

Confesiones y opiniones sobre el equipamiento de la Directa a la Visera

Por Antonio Gómez Bohórquez (Sevi)

Con tantas comisiones de estudio, de preservación, de protección, de asesoramiento, de acuerdos sobre regulación, etc. todo parece avocado a establecer una especie de Dirección General de Tráfico para vías de escalada. Y no hablemos del proceso de criminalización que sufre la práctica de la escalada debido a burócratas pseudoecólogos y afines. Por todo esto, a estas alturas de las discusiones sobre aperturas, restauraciones, «preparaciones» y equipamientos de vías parece anacrónico que alguien decida por su cuenta y riesgo, sin el consenso de las comunidades escaladoras, equipar una vía considerada clásica para adecuarla —en parte o en su totalidad— a la denominada, con dudoso acierto, «escalada deportiva». Esto último es lo ocurrido en la Directa a la Visera, si ando bien informado.

Sin duda los autores de este equipamiento actuaron de buena fe, para beneficio de la comunidad escaladora. Cuando somos jóvenes ignoramos demasiado, creemos que lo sabemos todo y solemos anteponer la acción a la reflexión. Así que antes de reprobar actos ajenos debemos reconocer nuestras culpas, porque cuanto ocurre hoy es consecuencia de nuestra pasada ignorancia o continuidad de lo que empezamos hace tiempo.

Antecedentes

Recordemos las críticas que recibió el joven Jesús Gálvez cuando en octubre de 1980 colocó un «buril» en la vía Villaverde de Terradets (en Lleida), o los posteriores descuelgues desde las «feixas» ('repisas') para ensayar pasos y equipar vías con clavos, buriles o spits, o el método de equipamiento de la controvertida —sobre todo por su nombre— «Me cago en Dios» en la Pedriza madrileña.

Basten los ejemplos de arriba para colegir, y reiterar, que somos la causa de unas consecuencias que ahora intentamos remediar mientras valoramos la conveniencia de medidas preventivas, urgentes, contra la mentalidad hegemónica de la escalada deportiva que amenaza nuestro patrimonio de vías clásicas. Tal amenaza conlleva el peligro de marginación o desaparición de valores de la «escalada tradicional», llamada incorrectamente «escalada clásica».

Confieso haber restaurado tramos y desequipado varias, muy pocas, vías de colegas con la intención de mejorarlas; es decir, de facilitar la escalada libre en pasajes superados hasta entonces con escalada artificial. Primero restauré pasajes con mi sentido heredado de la escalada tradicional española. Después, a mediados de 1980, empecé a desequipar las vías que consideré oportuno de manera radical y arbitraria. Estaba influenciado por la mentalidad tradicional inglesa de la escalada libre, con las ideas más claras sobre la diferencia entre dificultad y riesgo aunque no tanto en cuanto a contextos.

Diferencias entre escalada tradicional y escalada deportiva

Para nuevos escaladores con los conceptos difusos aún, expliquemos *grosso modo* las principales diferencias entre la escalada tradicional y la escalada deportiva.

En la *escalada tradicional* española abrimos las rutas desde abajo. «Abrir» significa 'escalar por donde nadie escaló'. Tanto en la apertura como en sucesivas repeticiones tradicionales el riesgo es intrínseco. Éste se contrarresta con la pericia para asegurarse, sea con fisureros o clavijas, donde lo permitan las hendiduras o las protuberancias rocosas. A falta de estas, algunas comunidades escaladoras suponen que la escalada tradicional admite recurrir al buril o taladro manual cuando el sentido de la ética personal lo asume; aunque escaladores más puristas lo reprueben. Añadamos que en la escalada natural (solo integral) no usamos cuerda ni otros medios manufacturados para asegurarnos, y puede formar parte de la tradicional.

Procede aclarar que la escalada tradicional inglesa es lo que llamamos pura escalada libre, reprueba por lo general el material de percusión (martillos, clavos, buriles) para asegurarse, hasta descalifica el acto de sujetarse a los fisureros para descansar o avanzar en una vía, y al graduar distingue dificultad y riesgo.

En la *escalada deportiva*, de cualquier país, el riesgo resulta indeseable. Por esto las vías deportivas, en vez de abrirlas, solemos prepararlas o equiparlas desde arriba. Entendamos por «preparar» la 'acción de limpiar la ruta (si fuese necesario) y poner seguros'. Así, al bajar por la cuerda, podemos detenernos para colocar un sólido sistema de seguridad donde dicte nuestro criterio, y consideramos válido recurrir incluso a taladros electromecánicos y a pegamentos o argamasas sintéticas para fijar anclajes o consolidar presas. En fin, en la escalada tradicional aceptamos las limitaciones del medio al asegurarnos. En la escalada deportiva adaptamos el medio a nuestras limitaciones.

Concepción y uso de la escalada artificial

Volviendo al tema de la vía que nos ocupa, anotemos que la escalada artificial no era para mi compañero Mariano Lozano ni para mí una modalidad de la tradicional sino un recurso poco ético, a veces molesto, paradójicamente lícito cuando se trataba de «conquistar» una pared como la Visera. Al horadar la roca con el buril, para introducir a martillazos un pequeño tornillo, sentíamos disminuir el valor de la vía y el de nuestra capacidad escaladora. En este sentido, la ambición nos impidió dejar esta apertura del extraordinario mallo para una generación mejor capacitada o con medios más sofisticados.

Al cabo del tiempo, uno de los entrañables niños de Riglos nos comunicó por carta que una cordada que intentaba repetir la escalada de la Directa a La Visera añadió buriles, con la excusa de que los aperturistas habíamos roto la roca al recuperar nuestros seguros. Tuvimos la impresión de que tal cordada era incapaz de admitir su limitación, bien fuera técnica o psicológica.

Permiso para equipar vías

Nadie está obligado a pedir el consentimiento de los aperturistas de una vía para repetirla con otros medios, equiparla o restaurarla, por supuesto. Solemos pedirlo por razones éticas, claro está. No obstante, si nuestra actuación individual afectara a otros, parece lógico que debamos pedir opinión a las comunidades escaladoras de diferentes mentalidades o tendencias.

En nuestra actual coyuntura y contexto, con el avance de dicha hegemonía, las románticas propuestas de libre albedrío o las reivindicaciones del carácter anárquico del espíritu de la escalada tradicional pueden ser tan deseables como utópicas. Seamos realistas. Conocemos la raíz del problema: la mayoría de *homo sapiens* no somos tan *sapiens*. Así, pues, cuando la diversidad corre peligro por nuestras ignorancias, arbitrariedades, desconsideraciones o limitaciones procede recurrir a grupos de trabajo para analizar problemas, divulgar recomendaciones o, lo que es peor, establecer regulaciones mal que nos pese.

Quizá el moderno equipamiento de la Visera pueda ser tan positivo como una restauración con criterios tradicionales para el desarrollo mental y físico humano. Aun así fuera, hubiera convenido pedir la opinión, de los aperturistas y de otros afectados, no sólo por razones éticas sino por la posibilidad de enriquecer la adecuación de la vía con sugerencias, de otros enfoques, que aportaran originalidad al panorama gregario de la escalada española. En nuestro caso de aperturistas hubiéramos sugerido a los

equipadores de la Directa que, al tratarse de una vía considerada clásica, la restauraran respetando en la medida de lo posible la mentalidad tradicional.

Problemas que aquejamos

Para entender y solucionar los problemas que aquejamos deberíamos ser honestos, al menos con nosotros mismos. Quienes estemos incapacitados para asumir los retos de la escalada tradicional, o de una vía clásica concreta, tenemos otras opciones en los innumerables recorridos propios de la escalada deportiva.

Quienes aspiremos a conducir en la Fórmula 1 debemos estar a la altura de las circunstancias o prepararnos para estarlo, sin pretender amoldar a nuestras limitaciones las infraestructuras, el nivel de riesgo ni la dificultad de la competición.

Quienes carecemos de conocimientos para interpretar una partitura de música clásica, o de suficiente destreza para representarla con instrumentos, ¿tenemos derecho a desvirtuarla escribiendo encima una divertida versión *rap*? Será más razonable buscar otro soporte donde escribirla, porque con nuestra irreflexión hemos reducido demasiados lagos de los cisnes a charcos de los patos.

Sería lamentable ver todas las vías clásicas convertidas en una especie de palimpsestos porque lo decidiéramos un grupo de escaladores con pensamiento propio de fundamentalistas, incapaces de contextualizar objetivamente diferentes ideas en el sistema del que formamos parte aunque pretendamos ignorarlo.

